

ber, una costosa operación de prestigio de la que sacan escaso provecho sus dadivosos promotores. Si de verdad se quiere detener esta infecunda deriva, será menester, pues, repensar la fórmula del Rómulo Gallegos, considerar cuál es el real aporte que representa para la literatura hispanoamericana y, por supuesto, cuidar con sumo es-

mero la composición del jurado. Tal vez a alguno haya que recordarle, en su momento, que en Venezuela, como en Brasil, en Colombia o en España, los premios literarios no sólo se otorgan, se entregan o se dan. También se merecen y, sobre todo, *se disciernen*.

Gustavo Guerrero

América en los libros

La ciudad de Is. Ensayos y notas de juventud, docencia y política educativa, Daniel Arango. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 603 págs.

Arango fue Ministro de Educación de Colombia en los años 60. La combinación de político y hombre de letras no carece de antecedentes en Hispanoamérica, al contrario: desde Sarmiento y Mitre llega al menos hasta Gallegos. La presente recopilación de escritos de Arango ostenta un predominio total de los temas literarios (y algo de arte en general y artes varias, como el cine y la zarzuela).

Entre esos temas predominan lo español y lo hispanoamericano, aunque no falten algunas incursiones en campos ajenos (Joyce, Claudel, Hesse, Stefan Zweig). Además de las notas de ocasión, publicadas o inéditas (generalmente intrascendentes), hay algunos estudios más o menos detalla-

dos entre los que cuentan «José Asunción Silva y el modernismo», «Porfirio Barba-Jacob» y «La noche como creación romántica», amén de un breve tratado sobre la «tragedia griega» de más de 80 páginas.

En general puede decirse que sobran artículos y sobran palabras; estas publicaciones pueden haber tenido sentido en su momento, si acaso, pero actualmente no son más que un testimonio de una época en que la crítica literaria adolecía de impresionismo, e incluso parecía de buen tono sobreabundar en retórica y acentuar el sentimiento del crítico, el cual, para colmo, disfrutaba a menudo tratando de hacer literatura él mismo... sin lograrlo necesariamente. Puede ser que los tres discursos pronunciados como Ministro de Educación tengan valor de documento, pero, al igual que el resto, con toda seguridad ese valor es exclusivamente regional.

Ensayos 1993-1994, Santafé de Bogotá: Instituto de Investigaciones Estéticas, Facultad de Artes, Universidad Nacional de Colombia, 1995, 237 págs.

El Instituto de Investigaciones Estéticas, fundado en 1979, publica aquí los resultados de su última época de investigaciones. La obra parece ser el inicio de una publicación periódicas, puesto que en página 9 figura el dato «Año I - N.º 1 - 1995»; en tal caso, sin embargo, el título debería limitarse a la palabra *Ensayos*, sin aditamentos cronológicos.

Confianza en que las publicaciones posteriores eliminen esta ligera incongruencia, me limito aquí a mencionar algunos de los artículos contenidos en este número. «En torno a la materialidad de la imagen: representación, presentación, simulación», de Amparo Vega A., es una crítica del concepto de imagen como representación según Cassirer, con recursos a los *Simulacres et simulations* de Jean Baudrillard.

«Modernismo e imagen: hacia una comprensión unificada del movimiento moderno», de Ángel Medina, sostiene que la aparente divergencia de tendencias dentro del modernismo se puede explicar como un «cambio de énfasis en los varios [...] niveles estructurales de la imagen» (43), a saber, imagen simbolista, imagen plástica, imagen contemplativa e imagen visionaria.

En «Tradición, sistematización y belleza en los *Diez libros de la ar-*

quitectura de Vitruvio», Beatriz García Moreno demuestra que, si bien la obra de Vitruvio ha sido criticada muchas veces por su falta de sistematización, es posible hallar una sistematización importante de sus conceptos fundamentales.

«La obra artística de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada en el siglo XVII, 1783-1816», de Marta Fajardo de Rueda, es un trabajo sumamente informativo y bien documentado sobre el aspecto artístico de esa importante expedición dirigida por José Celestino Mutis.

Ivonne Pini, en «Propuestas multiculturales en la plástica cubana de los 80», estudia cinco artistas cubanos (Ana Mendieta, Juan F. Elso, José Bedia, Marta M. Pérez y Ricardo Rodríguez Brey), la mayoría de los cuales actualmente vive fuera de Cuba.

En sus «Anotaciones a la saga del romancero religioso en Colombia», Susana Friedmann aborda musicológicamente la tradición oral de Barbacoas, Nariño, una población negra situada en las tierras bajas del Pacífico colombiano; lo curioso de esta tradición es la presencia de romances en ella, género originariamente ajeno a la población negra de dicha zona.

Importante remate es la transcripción de un documento hasta ahora inédito: la «Instrucción general para los gremios», emanada en 1777 en Bogotá para regular el trabajo artesanal. Como la finalidad del Instituto de Investigaciones Estéticas es el estudio no sólo de teorías

sino también de la historia de las disciplinas artísticas, podemos contar con que continuará esta elogiabile labor de rescate.

Mapa arqueológico argentino, Dick Edgar Ibarra Grasso, S.L. (Buenos Aires): Prod. Miguel Doura, s.d., 1997.

Una obra como ésta estaba haciendo falta en la enseñanza. El autor (nacido en 1914 en Concordia, provincia de Entre Ríos) divide el pasado arqueológico de Argentina en cuatro épocas: culturas paleolíticas y mesolíticas precerámicas (70000 - 3200 a.C.); primeros agricultores con cerámicas y sus derivaciones (3200 a.C. - 0 en el N.O.); altas culturas con cerámica pintada y bronce (desde algunos siglos a.C. hasta el 900 d.C.); finalmente, desde el 900 en adelante (concluye con la invasión de los araucanos en el siglo XVII).

De cada uno de estos períodos se indica, a todo color, la distribución geográfica de los principales hallazgos, con sus respectivos etnónimos y culturónimos, y de cada cultura se reproducen piezas arqueológicas en la mayor cantidad permitida por el espacio disponible sin tener que reducir demasiado las figuras. En mayor tamaño se reproducen en el centro algunas piezas de excepcional belleza, todas ellas del sumamente fructífero N.O. argentino. Sobre cada época y cada cultura se ponen también unas líneas explicativas, donde se

insiste en la proveniencia e influencias sufridas.

En la primera época arqueológica es de notar la elevada fecha que el autor supone al primer poblamiento del país, a pesar de que adjudica una antigüedad de aproximadamente 40000 años a la más antigua de las culturas allí incluidas (Elmoradense, Salta); es evidente que la mayoría de los colegas rechazará este dato; hasta el momento, Ibarra daba esa fecha al primer poblamiento de América (y no de Argentina), justificándola detalladamente en obras de mayor envergadura como *Sudamérica indígena* (Buenos Aires, 1994).

La clasificación de las culturas de la tercera fase es perfectamente coherente, aunque tampoco aquí estén de acuerdo todos los demás arqueólogos; de hecho, cada uno tiene su propia ordenación. Más información al respecto, con abundancia de ilustraciones y discusión de teorías ajenas, en la obra de Ibarra repetidamente reeditada *Argentina indígena* (Buenos Aires, 1991).

Alberto Ángel Montoya, *Selección y presentación de Santiago Salazar Santos. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo (Poesía rescatada, 1)*, 1995, 188 págs. y 3 láminas.

Es muy elogiabile la iniciativa del instituto bogotano de publicar una serie o colección dedicada a rescatar buena literatura nacional caída en el olvido o de difícil acceso actual. El primer volumen es una an-

tología de poesía y prosa (con total predominio de la primera) de este escritor fallecido el 20 de noviembre de 1970. La mayor parte de su producción data de la primera mitad de nuestro siglo, muy especialmente de los años veinte y treinta; ello tiene que ver con un accidente que le hizo perder la vista, como consecuencia de lo cual se aisló por completo y pasó así los últimos 35 años de su vida.

Montoya fue un bogotano acaudalado que nunca necesitó trabajar, aunque jamás viajó al exterior. Fue un *dandy* y un donjuán; dos de sus temas más recurrentes son la mujer y el amor, y numerosas poesías suyas están dedicadas a otras tantas damas de su ambiente social. No falta, sin embargo, una cierta inclinación mística en sus versos. Introvertido, aunque hombre de mundo, se mantuvo independiente de los ismos literarios; llevó su aislamiento final al extremo de rechazar todo tipo de homenajes y de publicidad, después de haber hecho una vida social muy intensa en las décadas precedentes; pero nunca aceptó hacer grabaciones o entrevistas para la radio o la televisión, con excepción de una grabación de sus propias poesías cuando ya era un anciano.

Un botón de muestra de su producción: «Dejó la copa exhausta / sobre la mesa grave. / Descorrió silencioso / los grises cortinajes / y pensó vagamente: / ¿De todo qué nos resta / tras el sensual alarde? / Sólo una flor marchita / en la seda del traje».

El primer hospital de América y otros relatos médicos, Juan Jacobo Muñoz Delgado, prólogo de Germán Arciniegas. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1995, 232 págs.

Muñoz es médico. Hace una veintena de años fue también Ministro de Educación. En esa época nombró una comisión de estudiosos para que hallaran el lugar en que se fundó la primera ciudad americana continental en el golfo de Urabá: Santa María la Antigua del Darién, abandonada luego de 25 años por su traslado a Panamá. En dicha primera ciudad «se construyó la primera catedral de América a la que vino el primer obispo del hemisferio. Se hicieron la primera casa de gobierno, el primer hospital, el primer lazareto, el primer circo de toros y se realizaron las primeras elecciones libres. Desde allí salieron expediciones a descubrir el Mar del Sur y muchos otros lugares». (19)

Muñoz reconstruye la historia de ese primer hospital en el texto inicial de esta recopilación de discursos y conferencias. Su prosa es agradable y llana, como sucede con los buenos científicos. No hay prosa más legible y substancial que la de Einstein en sus artículos de *Mein Weltbild*, o la de Albert Schweitzer en *Aus meinem Leben und Denken*; esta tradición está preclaramente representada en castellano por un Feijóo y un Gregorio Marañón, entre otros.

Los demás trabajos de corte histórico del volumen (la palabra «relatos» del título no debe hacer pensar en historia novelada o algo por el

estilo) son «Historias de la cancerología en Colombia», «Recuerdos del Instituto de Cancerología (1946-1948)» (Muñoz fue jefe de cirugía de este instituto durante más de 20 años), «Maestros de la cirugía» (narración amenísima de épocas pioneras de la medicina colombiana, contada por uno de sus protagonistas como trasfondo de la historia de sus maestros), «La Sociedad de Cirugía de Bogotá» (homenaje a 10 médicos colombianos de la segunda mitad del siglo pasado y primera del presente), «El corazón en Colombia en 1940» (recuerdos sobre todo de su aprendizaje cardiológico universitario) y «César Augusto Pantoja (diciembre 18, 1904 - septiembre 5, 1993)» (discurso fúnebre a este ilustre médico y compatriota).

La obra cuenta con algunos textos de carácter no histórico de los cuales me limito a mencionar dos: «Notas sobre el origen del lenguaje y su desarrollo» (texto leído en 1992 al ingresar en la Academia Colombiana de la Lengua, en sus dos terceras partes se ocupa de los presupuestos fisiológicos del lenguaje y su evolución) y «Orden de la Democracia del Congreso de Colombia» (leído al recibir esta condecoración, asimismo en 1992). En total, una lectura tan entretenida como didascálica.

Libro de los Nocturnos, prólogo, selección y notas de Vicente Pérez Silva, Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1996, 186 págs. y 6 láminas.

Para celebrar el centenario de la muerte del gran poeta colombiano

José Asunción Silva (1865-1896), el instituto editor publica esta obra ilustrada que se inspira en el tema poético más famoso del romántico Silva. Medio centenar de poetas nacionales (y alguna excepción extranjera como Tagore, pero en traducción colombiana y en calidad de epígrafe) discurren aquí literariamente sobre la noche. El prólogo de Pérez Silva lo hace en prosa muy erudita, rastreando este tema en la literatura mundial.

Prescindiendo del material introductorio en prosa y poesía, la obra se divide en cuatro partes. La primera reproduce cuatro *Nocturnos* de Asunción Silva; son lo mejor del libro. La segunda trae cuatro *Nocturnos* de otro afamado poeta colombiano, León de Greiff. La tercera hace lo propio con cuatro *Nocturnos* de Aurelio Arturo. La cuarta, finalmente, abarca los poemas de los restantes autores, presentados en orden alfabético; en su mayoría absoluta están tomados de obras publicadas; sólo unos pocos (por ej. el de Noel Estrada Roldán y el de Jesús Restrepo Rivera) son inéditos.

Novus Orbis, facsímil del ejemplar rarísimo de la Real Colegiata de San Isidoro de León, introducción Jesús Paniagua Pérez; traducción y notas: Juan F. Domínguez Domínguez, León: Universidad de León / Cátedra de San Isidoro de la Real Colegiata de León, 1995, 190 págs.

Entre 1493 y 1525, Pedro Mártir de Anglería (o Anghiera) escribió en latín sus famosas *Décadas* en

honor de la hazaña colombina; el milanés, que conocía personalmente a Colón, fue el primero que, ya en 1493, se refirió a las Indias como *orbis novus*. Sus *Décadas* empezaron a publicarse bastante más tarde: en 1511 en Sevilla. Sin embargo, en 1504 apareció en forma anónima en Venecia, y en dialecto veneciano, un *Libretto di tutta la navigazione del Re de Spagna de le isole e terreni novamente trovati*, que no era más que un resumen (pirata) de la primera de las *Décadas* antedichas. Allí se narraban los tres primeros viajes de Colón, el de Pedro Alonso Niño y el de Vicente Yáñez Pinzón.

En 1507, Fracanzio di Montalboddo publicó en Vicenza los *Paesi novamenti ritrovati et Novo Mondo da Alberico Vesputio Fiorentino intitolato*, cuyo cap. 4.º era el antedicho *Libretto* en traducción italiana corregida. En 1508 se dio a la imprenta en Milán y en París la no muy elegante traducción latina de los *Paesi* por el cisterciense milanés Madrignani con el título de *Itinerarium Portugallensium ex Ulisbona in Indiam*. La referencia a los portugueses se debe a que los tres primeros capítulos de la obra de Montalboddo narraban las navegaciones de los portugueses, traducidas del portugués al italiano. Más tarde Simón Gryneo, teólogo protestante alemán, publicó una recopilación de Juan Hutiquio que contenía esta traducción de Madrignani y otros materiales; el conjunto (Basilea, 1532) es la obra conocida como *Novus Orbis*.

Esos otros materiales abarcaban dieciséis textos en diversos autores; la presente edición facsímil se limita a reproducir dos de ellos (con sus correspondientes traducciones de Domínguez), el primero de los cuales ya figuraba en la colección de Montalboddo y en la de Madrignani; los dos textos son de Vesputio: su epítome (*Navigacionum Alberici [sic] Vesputii epitome*, de 1503 o 1504, previamente difundido con el título de *Mundus Novus*) y su narración de los cuatro viajes (*Americi Vesputii Navigationes IIII*, de 1504 o 1505 o 1506); no se sabe en qué lengua escribió Vesputio originariamente estos trabajitos.

El ejemplar del *Novus Orbis* empleado para esta edición llegó a la Real Colegiata de León encuadrado junto con otras obras que también se habían impreso en Basilea por la misma época; el bibliotecario de la institución isidoriana puso en su momento, al volumen completo, el título global de *Novi Orbis Descriptio*, si bien no todos sus textos se ocupan del Nuevo Mundo. Volviendo a nuestro *Novus Orbis*, el cual tampoco contenía exclusivamente textos sobre el Nuevo Mundo, importa señalar que la presente publicación no es una edición crítica, sino que la crítica del original latino se limita a una «fe de erratas» del traductor y a una serie de aclaraciones utilísimas puestas por el mismo en las notas; a este Domínguez cabe el mayor mérito de la obra, si bien no debe olvidarse la enjundiosa introducción de Paniagua.

Visiones, curaciones y arte en el Antisuyo, Jerónimo Eláez Ramírez, Qosqo: Municipalidad del Qosqo, 1995, 110 págs.

Este librito del antropólogo Eláez trata del chamanismo (en particular la medicina, incluyendo las drogas) que se practica en el Antisuyo (región N.E. del antiguo imperio incaico, aunque en la actualidad se extiende mucho más hacia la selva amazónica que entonces). La sesión chamánica (p. 13) evidencia un carácter totalizador: la causa de la enfermedad es buscada «en un desarreglo social y ecológico» (p. 14).

Para los indígenas, el mundo mítico y ancestral es más real que el cotidiano; ello se debe en buena parte a que toman contacto con aquél gracias a las drogas, las principales de las cuales son (en dicha zona) el ayahuasca, el toe, el tabaco y la coca. El objetivo de tomar contacto con el mundo de lo trascendente es aumentar el saber y el poder (p. 32). Aparte de los alucinógenos, se emplean con la misma finalidad el alcohol, la música de tambor y la falta de sueño (p. 28). En su cerámica y sus tejidos, los indígenas usan los dibujos que ven en las alucinaciones.

El mundo espiritual antisuyano es animista: todo ser tiene espíritu. Hay espíritus con poder y otros sin poder. El chamán se adueña de ellos en sus trances y los convierte en espíritus ayudantes (p. 39). El aprendizaje chamánico «dura de seis meses a dos años» (p. 40);

aunque el autor no lo diga, esta importante diferencia de la duración resulta de la existencia de distintos grados de aprendizaje: el primero se alcanza a los seis meses, y el de «maestro» a los dos años, aunque la duración no está preestablecida de manera rígida. A esto se añade «un asunto de extrema importancia: el aprendizaje se basa más en la comunicación con los espíritus en el trance que en la enseñanza del maestro» (p. 40).

Eláez suministra, finalmente, muchos detalles más sobre las prácticas terapéuticas y las alucinaciones. Sobre estas últimas, dedica mucho espacio a buscar una interpretación científica aceptable, importante para quien acepta el valor empíricamente constatable de sus efectos (por ej. los terapéuticos y los creativos en el arte); es una confrontación útil con las opiniones encontradas que han emitido al respecto diversos autores importantes, algunos de los cuales (como Aldous Huxley y Carlos Castaneda) parten de experiencias personales con alucinógenos.

Visión castrense del antiguo Perú, Rómulo Zanabria Zamudio, Qosqo: Municipalidad del Qosqo, 1994, 242 págs.

Esta obra es única en su género. Hasta ahora no existían más que tratamientos parciales del tema; Zanabria, en cambio, abarca todas las épocas prehispánicas con sus respectivos hábitos guerreros: la

más remota de cazadores y recolectores (comenzando con una descripción geográfica), la de los primeros ejércitos propiamente dichos (Chavín, Sechín, Parakas, Nazca, Recuay, Moche y Vicús) y la de Tiawanako y culturas subsiguientes (Wari, Chimú y Chachapoyas), para concluir con una detallada exposición del Tawantinsuyu.

Uno de los méritos de esta obra es no limitarse a lo castrense sino, más bien, exponerlo siempre en el contexto de la cultura tanto material como espiritual. Así, por ejemplo, en el capítulo inicial se discuten las formas primigenias de sobrevivencia, la creación de los primeros ayllus, el matriarcado concomitante a la aparición de la agricultura, el inicio de la sociedad estratificada, etc., y en los capítulos siguientes se informa cada vez más sobre la religión y la estructura social de los pueblos tratados.

Sin embargo, es lógico que se dé preferencia a armas y tácticas guerreras. La flecha, la honda y la estólica o propulsor aparecen ya en el período lítico; la estólica se usa luego mucho en Chavín, donde probablemente aparecen los primeros escudos; Sechín cuenta con estólicas pero no con escudos; Paracas, con porras y hachas pero no con estólicas; etc. Las armas, por otra parte, delatan modalidades guerreras: si en Recuay y Moche (grandes enemigos, protagonistas de «las más feroces y encarnizadas batallas de la historia del Antiguo Perú»: p. 67) se usaban sobre todo mazas y escudos, es porque allí se

prefería el combate cuerpo a cuerpo. En las primeras culturas estatales se supone que la táctica habitual de combate habrá sido la del ataque por sorpresa, con matanza general de los vencidos, excepto los que se dejaran para servir de esclavos o para sacrificios humanos. Dicha matanza general parece haberse aminorado en la cultura moche (por lo demás sumamente guerrera), la cual perfeccionó la maza y el escudo.

Con Tiawanako se revoluciona el arte militar: la incorporación del arco y la flecha (armas ya conocidas en la zona selvática pero no en la serrana) permite combatir a distancia, con lo cual el ataque por sorpresa deja de ser la única táctica posible; además la coexistencia de armas para el combate a distintas distancias da origen a unidades especiales (arqueros, honderos, lanceros, porreros y hacheros), lo cual introduce aun más posibilidades tácticas. La alternancia de sequías e inundaciones en el Altiplano debe de haber sido la causa de que los tiawanakenses hayan tratado de expandirse por otros territorios; partiendo de los rastros arqueológicos de dicha expansión, Zanabria imagina dos ejércitos, uno de los cuales habría bajado a la costa para llegar hasta Nazca y fundirse con la población local, y el otro habría avanzado por la sierra hasta Ayacucho, donde se fundió pacíficamente con los warpa y dio origen a la cultura wari (y a la lengua quechua, según el autor); ésta, a su vez, debido a que el

nuevo territorio pronto resultó estrecho, realizó su propia expansión imperial (su capital se habría trasladado así a Pachakamaq).

La parte dedicada a los incas abarca la segunda mitad del libro y está llena de datos e interpretaciones importantes; imposible resumirla aquí; baste decir que la minuciosa descripción de la guerra civil en-

tre Atahualpa y Wáskar es de lectura apasionante. Para concluir, no quier dejar de mencionar que el texto de Zanabria va avalado continuamente por referencias a la mejor bibliografía disponible, muy especialmente los cronistas, que Zanabria parece conocer a la perfección.

Agustín Seguí

Los libros en Europa

¿Invento o realidad? La generación española de 1898, José Luis Bernal Muñoz, preliminar de Pío Caro Baroja, *Pre-textos*, Valencia, 1996, 167 págs.

El término «generación de 1898» ha venido suscitando polémicas desde que Ortega y Gasset lo empleara por vez primera en febrero de 1913. Obras bien conocidas, como *La invención del 98 y otros ensayos* (Gredos, Madrid, 1969), de Ricardo Gullón, han contribuido a marcar distancias en esa controversia. El estudioso José Luis Bernal Muñoz se propone ahora terciar en el inacabado debate con un punto de vista tributario del método histórico de las generaciones. Recogiendo las reflexiones de Ortega, Mannhein y Petersen, entre otros, no sólo apunta todas las posibilidades de ese método, sino que lo aplica meticulosamente al fenómeno literario que presta título a la obra. Aun reconociendo que no escasean motivos para considerar a los noventayochistas como una manifestación del modernis-

mo, Bernal cree posible demostrar que esa generación existió como tal. Para el autor, es necesario entenderla como una unidad generacional, integrada por «individuos que afrontan su circunstancia histórica común con determinadas características homogéneas, pero manteniendo posiciones personales diferentes y a menudo radicalmente opuestas» (p. 87). Las conclusiones vienen justificadas por la aplicación de los factores recogidos por el método clásico de Julius Petersen: herencia, fecha de nacimiento, elementos educativos, comunidad personal, experiencia de la generación, el guía, lenguaje de la generación y anquilosamiento de la vieja generación. Interesa tener en cuenta que los resortes del mecanismo generacionista cuentan en este caso con un defensor excelentemente documentado, que resuelve con habilidad las dificultades conceptuales del asunto, abundando en todos aquellos extremos que pueden ser objeto de duda. Por lo demás, en modo algu-